



Á

CERVANTES.





HOMENAJE Á
CERVANTES.



Director: Gabino de F. Vázquez.

Editor: José Pelisio.



Mérida de Yucatán, México.

Imprenta "Gamboa Guzmán."

Calle 58, núm. 503.

1905.





Don Miguel de Cervantes y Saavedra.



EL AÑO CERVÁNTICO 1905.

“Porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y cuán á pique están, los que en cualquiera ministerio della se ejercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí, á mi lado y en compañía desta buena gente, te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor . . .

—Y lo que yo saco en limpio de todo esto es, (dijo Sancho) que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo, nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho . . .

—¡Qué poco sabes, Sancho, (respondió Don Quijote) de achaque de caballería! Calla y ten paciencia; que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio.” (*El Quijote*, Part. I. Caps. XI y XVIII.)

I.

EL inmenso y universal regocijo con que los literatos de España y la América latina recibieron la noticia de conmemorar el tercer Centenario de la publicación del *Quijote*,

fúndase en algo así, como una profecía del autor, cuando levantándose en alas de su inspiración, escribió: «Calla y ten paciencia, Sancho, que día vendrá donde veas por vista de ojos cuán honrosa





cosa es andar en este ejercicio.» Y así es verdad, pues aunque tarde, España y los que tienen la dicha de hablar la hermosa lengua de Castilla, se aprestan con noble entusiasmo á rendir al inmortal Manco, el homenaje de su admiración y respeto.

Nosotros, los que vivimos en este apartado rincón de América, admiradores de la primera y más alta gloria del siglo de oro de la literatura española, halla noble eco en nuestros pechos la idea de celebrar la apoteosis de aquel gran libro. ¿Cuándo vió la luz y por qué se designa el mes de Mayo de 1905 para festejar su publicación?

Sorprende ver desde las columnas de *La Lectura*, importante Revista madrileña, un estudio con apariencias de verdad encaminado á demostrar que los cervantistas peninsulares están poco menos que equivocados en lo que á la fecha de la aparición del *Quijote* se refiere. Pero, en verdad, el que se equivoca es el Sr. D. Luis R. Fors, autor del citado artículo, por más que con aires de suficiencia diga: «No conozco antecedente alguno importante en la vida de Cervantes, ni en la impresión del *Quijote*, que haga preferir el mes de Mayo entre todos los demás del año, para que en él se lleve á cabo la men-

cionada solemnidad. En cambio, los conozco muy fundamentales para que tal acto tenga lugar en el año de 1904, en virtud de ser éste el que realmente corresponde al tercer centenario de la aparición impresa del *Quijote*.»

Transcribe luego el autor lo que todos sabemos: que la primera edición del *Quijote* se hizo en Madrid por Juan de la Cuesta, y en la portada y por ambos costados se ve el escudo del editor con la fecha de 1605, «pero esto no implica—dice—que el libro se imprimiera en este año, desde que resulta lo contrario si se atiende á la fecha en que se expidió la *tasa* . . . y á otras circunstancias irrecusables que paso á exponer.» No son todas irrecusables, empero, las circunstancias que el Sr. Fors ofrece exponer, como las referentes á la *fe de erratas* y á la *tasa*, que tienen fecha de 1^o y 20 de Diciembre de 1604 respectivamente, por más que así concluya: «He aquí, pues, otra prueba evidente de que el *Quijote* no fué impreso en el año de 1605, como entienden los promotores y organizadores del tercer centenario de la aparición del incomparable libro.»

Hasta aquí no anda muy lejos de la verdad el Sr. Fors en lo pertinente á cronología cervantina; pero como se





deja en el tintero alguna fecha interesante, supongo que eso es lo que lo ha descaminado al escribir: «Falta ahora demostrar que medio año antes—es decir, en Mayo del mismo 1604—no tan sólo estaba ya impreso el *Quijote*, sino que se había ya puesto á la venta pública. Este hecho es de muy fácil demostración y los elementos de prueba existen precisamente, no aquí en América, sino en Madrid . . . »

Aunque disto tanto . . . ! de conocer á Madrid, la gran capital de España, donde están esos elementos de prueba que el Sr. Fors indica, sin embargo, voy á hacer un esfuerzo para demostrarle el error en que está, y que el verdadero *Año Cervántico*, como he tenido la ocurrencia de bautizar este año, coincide precisamente con el actual de 1905. Y aunque deploro como el que más de que esos elementos probatorios estén tan alejados de mí, no obstante, allá van los que á mano tengo, los cuales, aunque pocos, en mi concepto bastan y sobran para poner la verdad en su punto.

II.

En el tomo I de los *Documentos Cervánticos* coleccionados y publicados en el año de 1897 por el infatigable cer-

vantista D. Cristóbal Pérez Pastor, se lee en el docum. 38, que por una de las constituciones de la Hermandad de Impresores de Madrid, se ordenaba que todas las imprentas asociadas entregasen por cada impresión de jornada dos ejemplares de capillas, los cuales vendidos venían á ser una fuente de ingresos para los fondos de dicha Hermandad. Para este fin había un secretario que anotaba diariamente los libros que se recibían, las imprentas que los habían entregado y el número de pliegos de que constaba cada ejemplar; el año social terminaba el 6 de Mayo, y es cuando se daba cuenta de todas las existencias. El Mayordomo saliente levantaba acta de entrega al nuevamente elegido.

En el año social de 1604 á 1605, no se hizo la elección de Junta el día de San Juan Ante-Portam-Latinam, patrón de dicha Hermandad, sino que se difirió hasta el día 26 de Mayo, día en el cual, fué nombrado Mayordomo, Francisco de Robles, y en el acto, el Mayordomo saliente, García Martínez, le hizo entrega de todo lo perteneciente á la Hermandad, y, entre otras cosas, figuran 2 *Don Quixotes á 83 pliegos*, «cuya indicación nos revela—dice el Sr. Pérez Pastor, casi en los mismos tér-





minos en que se expresa el Sr. Fors—la existencia de una edición anterior á todas las conocidas, si no hay error en la fecha y si el ejemplar se entregó completo.»

Ocúpase el sabio colector en probar con toda la minuciosidad de un erudito, de que no hay error en la fecha de entrega, y que los ejemplares estaban completos, y así concluye: «Admitida como edición príncipe del *Quijote* la de 1605, quedan sin explicación los dos hechos siguientes:

1º Lope de Vega, desde Toledo, en 14 de Agosto de 1604, escribe á un médico amigo suyo, y le dice: «De poetas no digo. Muchos en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe á *Don Quixote*.»

2º El autor del *Libro de entretenimiento* de la Pícara Justina, aunque publicó su obra en 1605, obtuvo el privilegio de impresión en 22 de Agosto de 1604, y por consiguiente antes de esa fecha tenía terminado el texto, en el cual se intercalan los siguientes versos de *cabo roto*:

“Soy la Rein—de Picardi—
Más que la rud—conoci—
Más famo—que Doña Oli—
Que Don Quixo—y Lazari—
Que Alfarach—y Celesti—”

El objeto de Lope—continúa—por lo que al *Quijote* se refiere, no es otro que manifestar su opinión sobre un libro recientemente sacado á luz, y por lo tanto, puesto á la venta antes del día 14 de Agosto de 1604 . . . Por otra parte, el autor de la *Pícara Justina* mal podría llamar famoso al *Quijote* antes de ser divulgado por la imprenta, ni ponerle al igual de popularidad con otras tan conocidas como la *Celestina* ó el *Lazarillo de Tormes* . . . Y ambos nos dan en los referidos textos la prueba más evidente de que el *Quijote* era leído y conocido por todos en el verano del año de 1604.»

Así termina sus deducciones el Sr. Pérez Pastor, que hubieran sido funestísimas para la verdad histórica si ulteriores estudios y más pacientes y prolijas investigaciones no le hicieran cambiar de rumbo y rectificarse á sí mismo con una sinceridad que mucho le honra. Pues bien; esto que el Sr. Pérez Pastor asentó como una simple conjetura, toma visos de verdad, tal vez por la fuerza aparente de sus argumentos, en el cerebro del Sr. Fors, atreviéndose á fundar sobre tan movibles bases, la máquina toda de su artículo, escrito en la República Argentina y publicado en la misma capital de España.





Vengamos ahora al examen de las conclusiones del Sr. Pérez Pastor. Dice, que si la edición príncipe del *Quijote* es la de 1605, quedan sin explicación los párrafos de la ya citada carta de Lope. Sobre este particular no tengo que meterme, por hoy, en más hondas disquisiciones, pues me remito á los capítulos de un nuevo libro mío inédito que publicaré en Mayo próximo, en donde creo evidenciar con pruebas hasta hoy no manoseadas, la grave enemistad que en aquellos días existía entre Cervantes y *El Fénix*. Y una vez aclarado esto, se tendrá la explicación cumplida de las sátiras anticipadas de Lope al libro aun no publicado de su rival. Igualmente, ya se sabe qué explicación se ha de dar al verso laudatorio de Fray Andrés Pérez, amigo á la sazón de nuestro autor.

Y ya que se habla de la *Pícara Justina*, aquí encaja como anillo en el dedo examinar las fechas de su impresión. Como ya se indicó, en 22 de Agosto de 1604 se concedió á Francisco de Ubeda, seudónimo de Fray Andrés Pérez, el privilegio de su impresión, empero, no vió la luz sino con fecha de 1605, habiéndose necesitado para terminarlo cuatro meses largos; sin embargo, no sabemos hasta

hoy que haya quien se atreva á pretender que antes de esta edición hubiese habido otra anterior á la licencia, toda vez que semejante aserto nadie lo hubiera creído, máxime si se sabe con cuántas dilaciones se tramitaban aquellas, por temor á la *herética pravedad*.

En efecto; si más de cuatro meses se necesitaron para imprimir la *Pícara Justina*, saliendo con fecha de 1605, ¿con cuánta mayor razón hemos de decir esto mismo del *Quijote*! Pues consta en las primeras capillas de la edición príncipe que el privilegio de impresión fué dado á 26 de Septiembre de 1604, más de un mes después del concedido á Francisco de Ubeda, como ya se ha visto. Por tanto, qué más natural que la *fe de erratas* del libro cervantesco estuviese firmada el 1º de Diciembre de dicho año, y la *tasa* veinte días después?

Además, ¿quién ignora que para hacer la *tasa*, sólo se presentaron pliegos sueltos? ¿Y no es de suponer que se necesitasen algunos días más para formar de los pliegos el nuevo libro? A mayor abundamiento, como el editor Juan de la Cuesta sabía perfectamente para cuándo estaba terminado el libro, hubo de ponerle la fecha que en definitiva debió llevar que es la de 1605.





Por tanto, según todos los cálculos basados sobre las fechas ya citadas, ¿puede haber la menor duda de que el nuevo año que hoy comienza, sea el verdadero *Año Cervántico*?

No vale decir que la impresión del *Quijote* estaba ya terminada antes del 20 de Diciembre de 1604 para negar que el *Año Cervántico* fuese el 1605. No; pues no se trata ahora de celebrar la fecha de la *impresión privada* del libro, como equivocadamente supone el Sr. Fors, sino de la fecha en que vió la luz pública en forma de libro; aquella fecha en que, convertidos los pliegos impresos en libro, pudieron disfrutar de él los lectores madrileños. Ese hecho histórico no pudo verificarse sino á principios de 1605.

III.

Pero fuerza es que concluya. En el tomo II de los *Documentos Cervánticos* publicado en 1902 (volumen que seguramente no conoce el Sr. Fors), asegura el autor que los datos que consignó en el tomo I referentes al libro de la Hermandad de Impresores de Madrid, los había copiado seis años antes, y al imprimir dichos volúmenes, no pudo confrontarlos por ignorar el

paradero del libro original que antes le sirviera. Mas al dar á luz el tomo II, ya tuvo oportunidad de compulsar de nuevo sus datos, dando por resultado lo que consigna en un *Apéndice* al citado volumen.

Ahí dice el sabio colector lo que sigue: «Si se hubiera conservado el libro borrador, en él hallaríamos la explicación de estas anomalías del principal en dicho año, y además el día fijo en que se entregaron los dos ejemplares del *Quijote*; pero á falta de este documento decisivo, cumple á nuestro deber informar al lector del resultado que hemos obtenido estudiando con paciencia y sin pasión el libro principal.» Y prosigue el Sr. Pérez Pastor exponiendo, que lo que dió margen á la equivocación no fué otro que el modo irregular con que en aquel año se llevaron los libros mayor y borrador, en los cuales se hacían constar las entradas y salidas; que el libro borrador se llevó con toda regularidad, lo que por descuido ó pereza no sucedió con el principal.

Por último, el autor cierra la discusión con estas terminantes palabras: «Si pues en el libro borrador se asentó la entrega de los dos ejemplares del *Quijote* al recto de la hoja 91 y en es-





ta misma plana (libro mayor, folio 77) están los asientos de las limosnas que se recibieron en la Hermandad con FECHA 15 DE MAYO DE 1605, se puede tener por seguro que en tal día, poco más ó menos, se entregaron los dos dichos ejemplares del *Quijote*.»

Con lo transcrito, puedo ufanarme en creer que he aportado suficiente luz para esclarecer esta importantísima

cuestión. Ya el lector se habrá enterado de la verdadera fecha en que vió la luz el *Quijote*, y por que se designa el mes de Mayo de 1905 para celebrar con todo esplendor el tercer centenario de su publicación.

Mérida, 1º de Enero de 1905.

GABINO DE J. VAZQUEZ.





EL MANCO DE LEPANTO.

Alma süave, corazón de piedra,
Pudo ser sacerdote ó abogado;
Mas llegó á camarista y fué un soldado
A quien ni el hierro ni la muerte arredra.

Después, del cobro de alcabalas medra,
Y, como el alguacil alguacilado,
A ser pasó de cobrador, cobrado,
Don Miguel de Cervantes Saavedra.

Préndenle un día, y en la cárcel preso,
Y en tanto que su Juez le abre un proceso,
El hondo cauce de su ingenio ensancha,
Hácese Juez, con su grandeza á solas,
Y en un lugar, sin nombre, de la Mancha,
Prende y juzga á las letras españolas!

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

Mérida, Diciembre de 1904.





UN HIJO APÓCRIFO DE CERVANTES.

SI nos fuera dable conocer los orígenes de todos los modismos, nos encontraríamos con datos muy curiosos acerca de su punto de partida y de las evoluciones que han experimentado hasta lograr carta de naturaleza y vivir holgadamente en el idioma.

Difícil es, sin embargo, que haya alguno que parezca proceder de tan glorioso linaje como éste de que vamos á tratar, pues se le quiere suponer nada menos que de la noble estirpe de Cervantes Saavedra, con el fundamento de que se le encuentra en la ilustrísima casa.

Me refiero á la frase «la del alba sería.»

La primer vez que tropecé con ella, fué bajo la firma del reputado borinqueño J. J. de Acosta y Calvo, en su fantasía «El Mago de Aguas Buenas,» conocida de todos los que han habido á las manos el popular libro segundo de Mantilla.

«La del alba sería cuando encaminaba yo mis pasos hacia las cuevas de

Aguas Buenas, con objeto de oír una vez más al famoso Mago que las habita.»

Me chocó entonces aquella referencia sin referido. ¿La qué del alba? «Hora» debería ser, pero no estaba dicho. ¿Por qué en vez del femenino no escribió el autor portorriqueño «el del alba sería,» refiriéndose al momento, al instante del alba?

Más tarde, regalándome nuevamente con la lectura de los pasajes del Quijote que más me habían agradado, hallé la consabida frase, iniciando el Capítulo IV.

«La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado . . .»

Me puse á examinar si no había algún antecedente; si no estaba la palabra á que parecía hacer referencia ese «la,» y encontré «hora» en el remate del capítulo anterior, con lo cual quedaba el concepto perfectamente claro.

Cervantes escribió:

«El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque





con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena «hora.»

«La del alba sería» cuando D. Quijote, etc.»

Salta, pues, á la vista, que el manco admirable no usó un modismo; pero hubo quienes, creyendo seguirle, tomaron por tal esa frase, debido á que no se fijaron en la palabra «hora» precedente.

La culpa de esto y del consiguiente error, la tiene la división de la obra inmortal en capítulos con epígrafes, pues quedó la frase de que se trata á buena distancia de «hora.»

« . . . y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.

«CAPÍTULO IV.

«De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

«La del alba sería» cuando D. Quijote etc. . . . »

Justo es convenir en que está perfectamente explicable la inadvertencia.

Mucho antes que Acosta y Calvo, don Félix María Samaniego, había empleado la misma frase para dar comienzo á su fábula «El filósofo y el

rústico,» aunque tampoco como modismo, pues la relacionó con «hora.»

«La del alba sería
la hora» en que un filósofo salía
á meditar al campo solitario . . . »

Fácil es comprender que el notable fabulista español, aunque gustó de la frase de Cervantes, no entendió que en la historia del mal ferido caballero, se emplease como un modo de decir ya naturalizado y peculiar á la lengua castellana; porque en tal caso no hubiese puesto la palabra «hora» que habría estado de más. Las frases idiomáticas, tienen precisamente todos los términos que requieren para su inteligencia, aunque aplicándoles la regla común parezcan incompletos; porque si significan lo que significan, es en virtud de la voluntad autocrática del uso. Cuando decimos «al alba,» «al sol,» las dos palabras de que se compone cada una de estas frases, no bastarían para hacernos entender, si el uso no hubiera impuesto que son suficientes para determinado sentido. «Partimos de México «al alba.» «En Córdoba vimos unas ropas puestas «al sol.»

En ningún autor, antes del siglo XIX, he visto usar «la del alba sería,» sin expresar que se trata de hora; y





aunque no puede presumir nadie, y mucho menos yo, de que conoce toda esa copiosa literatura, sí puede deducirse, fundándose en el caso de Samaniego, que en el siglo XVIII no había entrado aún como modismo en el idioma. La primera edición de las «Fábulas en verso castellano,» se hizo en 1781, y 20 años después falleció Samaniego, dejando en la forma citada la de «El filósofo y el rústico.»

Clemencín, en sus famosos comentarios al «Quijote,» refiriéndose al principio del capítulo IV de esta obra, dice:

«La del alba sería:—Si el capítulo no tuviera epígrafe, sería «más claro» que se habla de «la hora del alba,» porque la última palabra del capítulo anterior es «hora.»—» (1)

Para el autorizado comentador de la obra maestra de Cervantes, resulta, pues, que no hubiese sido claro, á no haberse anotado, que á hora se refiere la locución «la del alba sería.» A figurar ésta entre los modismos castellanos, le encontrara Clemencín toda claridad, aunque no se la hubiese precedido del vocablo referido, pues los modismos son siempre claros, y expresan perfectamente el concepto que el uso ha querido otorgarles.

Los comentarios salieron á luz fina-

lizando el primer tercio del siglo XIX (1833). Parece, por tanto, que la introducción que han hecho algunos de esa frase como modismo, es enteramente moderna, de la segunda mitad del siglo último.

Y es curioso que todos la utilicen siempre á principio de párrafo, denunciando su procedencia cervántica. Tal ocurrió con Samaniego, con Acosta y Calvo, con Nogales y Nogales, en su laureado cuento «Las tres cosas del tío Juan,» y para citar un ejemplo muy de casa, con Hernando Ancona, que en su interesante librito de viajes «Acuarelas,» escribe al hablar de su travesía por la Mancha:

«La del alba sería» cuando pasé en ferrocarril—¡oh profanación!—el teatro que inmortalizó con sus hazañas el hidalgo español.»

La Academia de la Lengua sólo toma nota de las siguientes locuciones: «Al alba;» «No, sino el alba.» El diccionario de la Sociedad de Literatos, edición de 1886, que comprende y aumenta el de la Academia, pone, además, estas: «Rayar el alba,» «reir el alba.» El Enciclopédico de Montaner y Simón, escrito por verdaderas notabilidades, aumenta todavía las siguientes: «Al romper el alba;» «Facerse las albas



(1) Por fin ¿quién fue el descubridor de la relación con la palabra hora: Clemencín, o el autor de este artículo, como lo afirma en la p. 11?



negras.» En ninguno de ellos se anota «La del alba sería,» y son los más autorizados de nuestro idioma.

Hay, no obstante, un diccionario, el enciclopédico de Zerolo, Gómez é Izaña, que apunta esta locución: «La del alba,» pero es seguramente la misma de que tratamos, «La del alba sería» que es tomada incompleta, pues ponen por ejemplo á Samaniego, citado antes:

«La del alba sería,»
la hora en que un filósofo salía . . .»

Entendemos que también al hacer la cita incurren en una impropiedad los autores de este léxico. Ya hemos visto que el ilustre fabulista, no pretendió usar una frase idiomática, pues puso todos los términos que se requieren

para una oración perfecta, aunque traspuestos á la manera de Cervantes. «La hora del alba sería la en que un filósofo salía á meditar al campo» . . .

Aunque la locución «La del alba sería,» se encuentra, pues, en el Quijote, no está aislada, como algunos la han escrito, pretendiendo guiarse de Cervantes, sino relacionada con la palabra «hora,» con lo cual forma un sentido claro y perfecto.

Los diccionarios de más autoridad, todavía no la acogen, probablemente porque saben que está viciada en su origen, esto es, que nació de un error, de la equivocada interpretación hecha de Cervantes. Cervantes no usó un modismo.—DELIO MORENO CANTON.





TRILOGÍA CERVANTESCA.

Para Gabino de J. Vázquez.

A DON QUIJOTE.

Holgárame de veros ¡oh, famoso
Don Quijote! otra vez con la armadura,
en empresas de honor y de bravura,
venciendo en todo lance peligroso.

O con el pensamiento en el Toboso
llorando penas que el amor procura,
por aquella sin par en fermosura
que os trujera en la vida, sin reposo.

¡Oh, hidalgo! si viniéredes ogaño
y como ayer, con armas y blasones,
buscando desfacer entuerto ó daño,
habredes en millar las ocasiones
para hacer lo que hiciéredes antaño
en estos que son tiempos de felones!

A DULCINEA.

¡Oh, tú, lo que más ama y más desea
el bravo Don Quijote! ¡oh, recatada





y aunque por malas artes encantada,
siempre bella y donosa Dulcinea!

Mal dice de tu pecho que así vea
por tus desdenes su alma torturada,
quien fué por tí con corazón y espada
un héroe en el amor y en la pelea.

¿Qué, no escuchas la voz entristecida
de quien vive, viviendo por quererte
vida que no es, por negra, apetecida?

¡Oh! acude á consolarlo, y de tal suerte,
que tu amor en su amor le dé la vida
y no en tu amor su amor le dé la muerte!

A SANCHO PANZA.

Nunca hubieron andantes caballeros
más agudo escudero y más ladino,
como hubo aquel que de la Mancha vino
lidiando con gigantes ó fulleros.

Así en lides de amor ó lances fieros,
hubo el buen Don Quijote de contino
más que ayuda, consejo peregrino
en tí que fuiste gloria de escuderos.

Ayudárame Apolo y prontamente
con lengua que moviera la alabanza

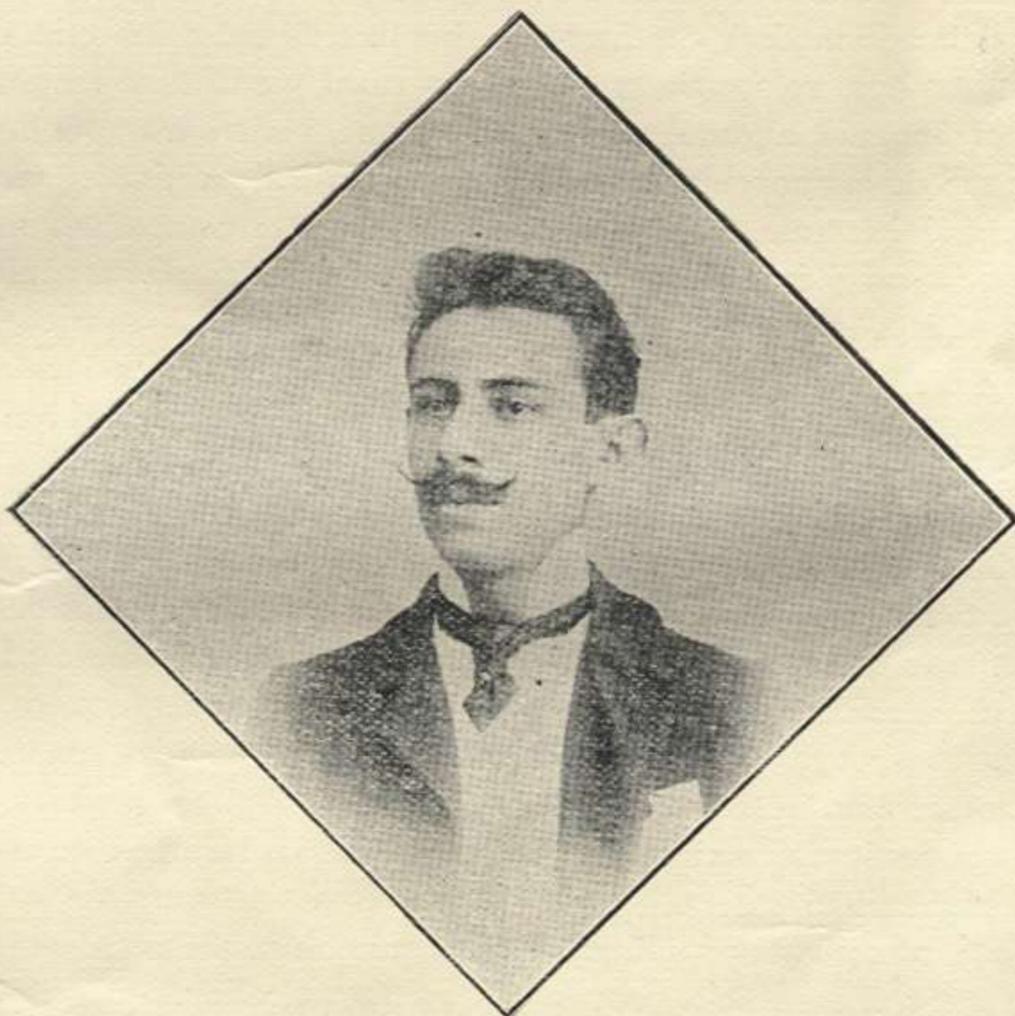




llevara asombros mil de gente en gente,
haciendo muy donosa remembranza
al trovar tus proezas largamente,
¡oh, no bien alabado Sancho Panza!

LUIS ROSADO VEGA.

Mérida, 1.º de Enero de 1905.





EN LOOR DE "EL QUIJOTE."

UN profundo pensador afirmó con acierto que era signo de filosofar burlarse de la filosofía. Cervantes al crear á Don Quijote y al referir sus maravillosas proezas con el fin de satirizar por delicado modo y con fuerza cómica hasta hoy no igualada ni aventajada por ingenio alguno, el ridículo idealismo de las novelas de caballerías, idealizó hermosa, gallarda y sublimemente á su héroe inmortal, porque personificó, porque encarnó en él, el amor y la hidalguía, la justicia y el honor, la lealtad y el valor, la sed de renombre, la fe, la constancia, la generosidad, la cortesía, en suma, todos los altos y purísimos sentimientos, todas las egregias virtudes, todas las nobles aspiraciones, todos los dulces, acariciadores é indestructibles ideales en cuya dorada y estimuladora atmósfera ha respirado, respira y respirará perdurablemente su vida moral la humanidad entera.

Don Quijote, prescindiendo del propósito de su autor al escribirlo, no es sólo como pretenden algunos críticos,

la admirable fotografía del pueblo español con su carácter soñador y aventurero y sus costumbres típicas, hecha en determinado momento histórico, no; es algo universal, es el HOMBRE, el hombre de todos los climas, de todas las razas y edades y lenguas; el hombre que, viajero á través de la existencia, realiza su éxodo vicisitudinario llevando por compañera inseparable la colmada alforja de sus azules ensueños, de sus esperanzas sonrientes y aladas ilusiones. ¿Quién no es Quijote por algún concepto sobre el haz de la tierra?

Don Quijote es también el verbo de oro de una literatura gloriosa; es la opulenta floración de un idioma con el mágico y deslumbrador derroche de su riquísimo léxico; con la pasmosa revelación de sus más secretos y adorables ritmos, de sus más exquisitas cadencias, de sus giros geniales, de sus sapientísimos refranes, de sus intraducibles frases de acero, de sus peregrinas arquitecturas de vocablos, de sus líneas y colores, relieves y armonías, el libro, en fin, en que se cristaliza el largo y





complejo proceso lingüístico de una nación, al erigir sobre adamantinas é incommovibles bases, bellissimo, acabado, dominador y perenne monumento, el monumento del habla castellana, en la cual aprendimos felizmente á amar

estos imprescriptibles ideales de toda alma superior: Dios, honra, familia, patria y libertad.

RAMON ALDANA Y SAENZ DE SANTA MARIA.

Mérida de Yucatán. Enero de 1,905.





A MARITORNES.

Para Francisco Gómez Rul, artista.

De Maritornes el prestigio crece
y gime abandonada Dulcinea.

D. M. C.

¡Zafia moza, procaz y turbulenta
que el hidalgo inmortal de mente insana
imaginó rendida castellana
la tormentosa noche de la venta!

¡Realidad de un ensueño que alimenta
la fe en el ideal; miseria vana,
triste verdad de la ilusión humana
que donde halla un mesón, castillo inventa!

Si eres siempre plebeyo desencanto
para el romanticismo de una idea,
nunca vengas, envuelta en ese manto
que encubre lo vulgar de tu ralea,
y déjanos, cautivos del encanto,
soñar con la imposible Dulcinea!

Mérida. 1904.

ANTONIO MEDIZ BOLIO.





ESPAÑA Y EL QUIJOTE.

HAY en la tierra un pueblo privilegiado. Forma sus límites la blanca espuma de dos mares; sube hasta la cumbre de sus montes el pino del Norte y bríndale su amor en la ladera la esbelta palma del Mediodía; salúdanse en sus jardines la camelia asiática y la magnolia de América; alegra sus bosques el ruiseñor y perfuma sus campos la violeta; salta el agua en sus fuentes y el corzo en sus collados; hay en sus ríos oro apetecido y en sus prados hierba aljofarada; osténtase majestuosa en sus verjeles la dalia mejicana, que ofrece todos los colores, como esta tierra todas las grandezas; y descuella en sus huertos el ciprés de Sion, siempre enhiesto, como un pueblo que no muere, siempre altivo, como un ser que no se rinde.

A los encantos de la naturaleza correspondieron los ensueños del arte; á las creaciones fantásticas de la imaginación superaron las empresas del hombre.

La belleza del campo formó artistas, porque al decir de Cervantes: «el delei-

te que en el alma se concibe es de la hermosura y concordancia que se ve.» Estos artistas fueron creyentes, porque la armonía de la tierra es prefiguración de la del cielo. Hombres llenos de fe y dotados del sentimiento de lo bello tenían que formar un pueblo de soldados y poetas, donde el héroe cantara sus victorias y desmintiera este viejo aforismo: *musæ silent inter arma*.

El espíritu aventurero y *quijotesco* de nuestros soldados era hijo de la nobleza de su sangre, y en los componentes de la sangre no entra el oro. Pelayo alzando el pendón de la reconquista en las montañas de Asturias é Iñigo Arista en las alturas de Sobrarbe; el Cid ganando batallas después de muerto; Pedro III conquistando á Sicilia y Alfonso V á Nápoles; los Reyes Católicos facilitando el descubrimiento de América; el cardenal Cisneros recibiendo las llaves de la plaza de Orán; Carlos V triunfando en las aguas del Danubio y en las arenas de la Libia; Felipe II venciendo en Flandes y en San Quintín; Roger de Lauria convir-





tiendo el Mediterráneo en lago español; Juan de Tovar cruzando el Océano; Elcano dando la vuelta al mundo; Cortés y Pizarro abriendo el camino por donde había de venir á México y al Perú la cultura del renacimiento, son hombres que luchan sólo por el bienestar de la humanidad. Ni Bernal Díaz acompañó á Cortés, ni Garcilaso luchó fuera de su patria, ni Lope de Vega intervino en la Invencible, ni Ercilla combatió en el Arauco, ni Cervantes quedó manco en Lepanto por ganar un puñado de monedas. Sólo la fe dicta esas obras y da valor para realizarlas. El oro del ambicioso sirve para comprar jueces, corromper doncellas ó sobornar á las turbas, pero jamás produce un acto de nobleza. El oro es una palabra mal traducida y peor interpretada en la historia del pueblo español.

De todos los pueblos de Europa, el que tuvo un carácter más aventurero y el que dió á la novela la savia de su espíritu caballeresco fué España. Suprimase la historia de estas aventuras, y por muchos Cervantes que pasen por el mundo jamás escribirán un *Quijote*.

El autor del *Ingenioso Hidalgo*, determina en el desenvolvimiento de la novela dos edades: tiempos que caen

del lado de allá de Cervantes y tiempos que caen del lado de acá.

La novela pastoril que arranca de *Dafne y Cloe*, habíase vuelto artificiosa en las *Arcadias* y falsa en las *Dianas*, hasta que encontró en *Galatea* la llave que cerró el viejo género y abrió la puerta por donde pasaron más tarde *Pablo y Virginia* en Europa y *María* en América.

La novela de amor y aventuras que tiene su origen en *Teágenes y Clariquea*, termina en *Persiles y Sigismunda*, la obra más querida de Cervantes, por conceptuarla la mejor de cuantas escribió.

La novela heroica, que nace con la guerra de Troya y las luchas de Alejandro, constituyendo género nacional con *El Palmerín* y *El Amadís*, muere con *El Quijote*, para transformarse y renacer ya como novela histórica en Walter Scott, ya como novela de costumbres en Balzac, ya como novela fantástica en Dumas y Fernández y González.

Cervantes no se contentó con cerrar y abrir géneros: tomó de Italia la palabra *novela*, la unió al vocablo *ejemplo*, que se usaba en España para designar las narraciones breves, y formó las *Novelas Ejemplares*, que son de





creación propia y exclusiva. En este sentido pudo escribir en el prólogo de *La Gitanilla*: « . . . yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; . . . estas (novelas) son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró y las parió mi pluma . . . » Estas *Novelas Ejemplares*—aquí ejemplar vale tanto como enseñanza, novelas docentes que diríamos hoy—son nobles y honestas; carecen de los encantamientos de los libros de caballería, no son ficticias como las novelas pastoriles, ni atrevidas como las *Celestinas*, ni realistas como las picarescas, que están llenas de aventuras ingeniosas del mismo modo que los libros de caballería lo están de aventuras heroicas.

Al decaer la poesía épica en Francia se desarrollaron los libros de caballería en España. Cervantes se propuso satirizarlos y acabar con el hecho fantástico; no con el espíritu caballeresco, como algunos creen, pues éste, ni podía ningún español escribir contra él, ni podía desaparecer, porque responde á nuestro carácter y no hay pluma que lo mate aunque tenga la fuerza satírica de Cervantes. Al contrario, después se manifestó más pujante que nunca en la pluma de Calderón, cuyo teatro es

caballeresco desde la cruz á la fecha. Para realizar su deseo escribió Cervantes la *Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Hoy, que acabamos de cometer una ingratitud con la madre de América, no la cometas también con este libro que es «encanto de los que leen y desesperación de los que escriben.» Los pueblos hispano-americanos, mientras leen el *Quijote*, vencerán la distancia que los separa y se reirán desdeñosamente de las discordias que el egoísmo ajeno les busque. La lengua une más que la sangre.

Estamos moralmente obligados á celebrar con toda solemnidad el centenario de ese libro respetado por cuantos piensan y aman, pues así como el Pilar es el asiento de la fe española, el *Quijote* es el pilar de la lengua castellana, y la lengua castellana es la lengua de los ángeles. Acaba de obtener un triunfo por el que está orgullosa: había sido injustamente expulsada de los Congresos de Americanistas, y hoy, gracias á los trabajos de mi sabio maestro é inolvidable amigo D. Antonio Sánchez Moguel, es la lengua oficial de esas asambleas científicas. ¡Victoria ganada en el último Congreso de Americanistas celebrado en Stuttgart





(Alemania), durante el mes de Agosto de 1904! Consiguió tanto el insigne profesor español que, la sesión pública de 22 de Agosto, fué presidida en castellano, aunque la orden del día rezaba que sería en francés ó alemán; y los congresistas que habían presentado sus informes en una de estas lenguas, los retiraron para exponerlos en castellano. El egregio catedrático de Literatura en la Universidad de Madrid, por lo mismo que podía expresarse en cualquiera de las principales lenguas europeas, exigió el uso del castellano en el Congreso, única lengua en que deben tratarse los asuntos de América. El señor Moguel impuso la lengua de Cervantes en todos los actos, pues, el brindis que pronunció en el banquete ofrecido á los congresistas por el Ayuntamiento de Schaffhausen, al pie de la catarata del Rhin, fué en castellano; y al terminar, movido por su elocuencia, se levantó el Dr. Zoller, catedrático en Berlín y la mayor autoridad del Congreso, para despedirse de los concurrentes con un ¡Viva España!

La patria no está determinada por la geografía sino por la lengua. Todo hombre que hable español será nuestro hermano; de ahí la necesidad de dar á conocer el *Quijote*, rica herencia

de la gran familia hispano-americana. En pocas regiones tendrá tan sinceros admiradores como en Yucatán, por eso es de esperar que aquí se celebre el año cervántico con la solemnidad que merece; además, Yucatán está obligado por otros títulos: la semejanza es germen de amistad, y esta hospitalaria tierra en nada se diferencia de la *tierruca* española. Entre las palmas de esta Península y los pinos de mi país, existe el lazo de amor cantado por Heine; Yucatán no es más que una prolongación de España, ó como decían los contemporáneos de Cervantes: una nueva España; la calidez del clima nos sofoca como un día de verano en Sevilla ó en Madrid; los patios de estas casas adornados con frescas y fragantes flores; hacen pensar en los jardines de Valencia; la vegetación virgen y exuberante retrata los sotos de Galicia; los naranjos cargados de azahar traen á la memoria la vega de Granada; los bosques de palmeras nos trasladan por un momento á la encantadora Elche.

¡Salve, libro inmortal, prenda de eterno cariño! ¡Dichoso el pueblo que sepa cantarte!

Enero, 1º de 1905.

HIPOMENES.





A CERVANTES.

Siempre soñé con desprender del arpa
estrofas dignas para tí, Cervantes;
mas siempre fueron mis estrofas, ecos,
vagos murmullos que dispersa el aire.
A tu genio inmortal que resplandece
y regocija al mundo que te aplaude,
no los acordes de apacible lira
los merecidos son para ensalzarle,
sino la voz del huracán que estalla,
humilla cumbres y alborota mares!
Manco sublime, orgullo de la Gloria,
¡qué regocijo al corazón expande
cuando celebra las festivas páginas
de tu Quijote—caballero andante!—
De Sancho, el escudero fiel, prudente,
¿tus penas en su risa disfrazaste . . . ?
¿acaso fué la hermosa Dulcinea
de un amor tuyo, la soñada imagen . . . ?
¡quién pudo penetrar los imposibles
sueños y penas que en el genio caben . . . !

.....
Yo sólo sé—pues me enseñó el Quijote—
que siempre al hombre, oruga miserable,
ha deslumbrado el sueño de la vida
con el áureo tropel de sus alardes;
que en el festín de la comedia humana
en vano alcanzará los ideales,
pues al final de la jornada muestra
el desengaño sus sangrientas fauces.





¡Héroe glorioso, orgullo de Lepanto,
que á tí los genios rindan homenaje,
que te celebre en su clarín la Gloria
y el huracán regocijado estalle;
que al escuchar tu nombre se extremezcan
alborozados los profundos mares,
y todo forme universal concierto
que se remonte á tí para ensalzarte
y no mi plectro que callar debiera
del hondo olvido en la desierta margen,
pues siempre fueron mis estrofas, ecos,
vagos murmullos que dispersa el aire!

Mérida, Enero 12 de 1905.

JOSÉ M. VALDES ACOSTA.





EL QUIJOTE.

General,

Rafael Aguirre Colorado.

(A D. GABINO DE J. VÁZQUEZ.)

“**P**ROCURAD que leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no le desprecie, ni el prudente deje de alabarla.”

Así dijo, entre otras interesantísimas recomendaciones para la escritura de «El Ingenioso Hidalgo» aquel amigo gracioso y bien entendido viendo á Cervantes tan imaginativo y suspenso con motivo de «la prefación» que para su libro deseaba; y si el ilustre manco llenó esos preceptos en la historia del calvatuerno Manchego, díganlo las tres centurias que la obra monumental cuenta, gozando de universal admiración.

Llénanse con creces los preceptos del discreto amigo y con oración sonora, período festivo y puesta la mira en derribar la máquina mal fundada de los caballerescos libros, sale á luz lanza en ristre la historia de Don Quijote

de la Mancha, desfacedor de agravios, protector de viudas, fuerza y sostén de huérfanos y desvalidos.

Oh! y como feneció la aventura el manchego andante! No se diga más, sino que para él reservó sus más preciosas ramas el árbol de la victoria y fueron pregón de su nombre los sonoros ecos de la alada mensajera del divino Jove. Y no porque fueran de tener muy en cuenta, ni de temer en demasía, las armas de sus bisabuelos que portaba, tomadas de orín y llenas de moho, ni su celada de cartonero encaje, ni el rocín de más cuartos que un real que regía y montaba. Con todas estas partes, débiles para al ataque y no del todo resistentes para la defensa, enviste y acomete á la caterva andantesca y ¡mal año para Amadis, Florismarte y Platir, para Belianis, Olivante y Palmerín! divídeles de un encuentro, les parte por mitad y finalmente les vence y les rinde; envíales como vencidos, no á su señora Dulcinea del Toboso, sino





á dar cuenta de su pasada y mala vida, por haber sido admiración culpable y dañino entretenimiento de sus compatriotas.

No vale á los excomulgados, caballerescos libros el haber tenido defensores de la talla de Garcilazo, Lope de Vega, Obregón y Cereceda que los juzgaban provechosos como escuelas de cortesanía y atildamiento; el auto de fe verificado en el corral de Don Quijote, acabó con ellos y con su memoria el héroe inmortal de los campos de Montiel.

Volviendo á aquel amigo que sorprendió á Cervantes suspenso «con el papel delante y la pluma en la oreja» pensando, como queda dicho, en «la prefacción» del Quijote, no le preceptuó, ni entró en las figuraciones del cautivo de Argel, que la historia del hijo seco y avellanado de su ingenio, sería la obra maestra del idioma, la pauta de sus giros y modismos, la obra monumental, la docente obra del castellano lenguaje.

Escrito lo anterior como cortés zalema, tributo de admiración y merecido acatamiento á la obra inmortal, creemos de oportunidad hoy que se celebra el tercer centenario de su publicación, decir algo de su protagonista

á quien llama alguna vez Cervantes Alonso Quijano el Bueno.

Los biógrafos del autor de *Persiles y Segismunda* refieren que Argamasilla de Alba fué el lugar de la Mancha de cuyo nombre no quería acordarse, porque allí según la tradición fué preso y estuvo encerrado en un edificio conocido por «la casa de Medrano» que sería la cárcel, en donde según declara, pudo idear y escribir su renombrada obra.

Que en apoyo de esta opinión se ha averiguado que existía en Argamasilla, un hidalgo de los de «lanza en astillero» llamado Don Rodrigo Pacheco, el cual había estado loco en alguna ocasión y en ninguna daba muestras de estar completamente cuerdo; que el tal caballero, según Navarrete, fué enemigo personal de Cervantes porque el autor del «Coloquio de los perros» había dirigido cierto chiste picante á una hermana de Pacheco.

Refiere también, que en el crucero de la Iglesia de Argamasilla hay un retablo de la virgen á cuyos pies se ve en actitud devota, una dama y un caballero de rostro largo y estrecho, ojos espantadizos, bigotes largos y caídos y otros rasgos fisonómicos en analogía con el caballero de la triste figura y





que recuerdan aquellas palabras de Sancho: « . . . he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante y verdaderamente tiene, vuestra merced, la más mala figura de poco acá que jamás he visto.»

A pesar de la declaración que hace Cervantes en el prólogo de su obra más importante, de que el Quijote se engendró en una cárcel, opinan sus biógrafos que la primera parte fué ideada y escrita en los tres años que pasó en Argamasilla de Alba y fué producto de grandes meditaciones, detenida labor intelectual, minuciosa observación, estudio de caracteres con intención determinada, y en tiempos en que se han visto, observado y palpado terribles contradicciones sociales y frecuentes conflictos entre el hecho y el derecho, entre lo ideal y lo real de la vida humana.

El tipo de Sancho Panza lo formó con el trato de personas maleantes con quienes, sus viajes á Andalucía y especialmente de Sevilla á Gibraltar, le pusieron en contacto: frecuentó caminos, ventas, encrucijadas, donde tomó notas para los personajes de su futura crítica social. ¿Cómo no descubrir en el ventero socarrón que armó caballero á Don Quijote, un individuo de la vida real?

Y en la gentil moza asturiana «ancha de cara, llena de cogote, de un ojo tuerta y del otro no muy sana» el tipo de la venteril criada? ¿No se palpan la fementida cama con sus bodoques y burda manta, el cuadrillero convertido en encantado moro y los manteadores de Sancho Panza? ¿Cómo es posible que el inmortal genio español no se haya dado de cara y aún hurtádole algo aquel famoso Ginesillo, ladrón y bellaco, autor de la jumentil extracción?

Hay que convenir con Rodríguez Navas en que Cervantes pintó y pintó de mano maestra, los tipos que observó con su penetración analítica y profundo genio artístico.

Y sentado lo anterior ocurre preguntar: si la obra de Cervantes fué escrita, como él mismo confiesa, para combatir los libros de caballerías en lo cual tuvo un éxito que no habían alcanzado escritores moralistas y gobernantes, ¿por qué continúa el interés del libro inmortal y es pasmo de propios y extraños y admirado hasta en países en que no se conoce la hermosa lengua castellana?

Porque en lugar de juzgar un vicio la caballería andante, túvola Cervantes como una extravagancia; vió en ella





una aspiración, más que un defecto individual; observó en los funestos libros el deseo de establecer la justicia equitativa y el orden; de éstos pensamientos elevados llenó el alma de su manchego famoso y trayéndole al terreno de la realidad, le hace acometer gigantes y ejércitos en molinos de viento y manadas de carneros.

¿Quién no se siente sobrecogido por la antítesis y se absorba ante la invención admirable de poner en acción la parte ideal de Amadis y en el terreno de la realidad, hacerle, por los fracasos, blanco de su crítica festiva?

Deja ésta, huella indeleble en la imaginación de los pueblos y no admira que el eco de su risa, sea la oración fúnebre de los criticados, ni que ésta continúe en forma de carcajada universal, vencedora del tiempo.

Aun vive don Quijote; sintetiza, las cualidades humanas en sus grandes aspiraciones y elevadas miras, que fracasan en Sancho Panza interesado y grosero; lucha por levantados ideales, sufriendo percances y caídas; reta al fuerte y al poderoso y es víctima de mentiras y miserias; aun vive Don Quijote; sueña con la gentil cortesana en Maritornes, mira alcázares regios en Tobosinos corrales; siempre el ideal combatido por la realidad, la ilusión sucumbiendo á los embates del tanto por ciento; á lado de la esperanza el desengaño, del ensueño el hastío; Dulcinea del Toboso, convertida en zafia labradora.

MARCOS DE CHIMAY.

Enero 1º de 1905.





A CERVANTES.

(CON MOTIVO DEL CENTENARIO DE SU INMORTAL OBRA
"DON QUIJOTE.")

¿De vos que podré decir,
ni de vos qué he de cantar,
si vuestro ingenio sin par
no se puede discutir?
Anhelara describir
vuestra gloria inmaculada:
mas es tal, y es tan fundada,
y alcanza tan grande honor,
que, Don Miguel, lo mejor
es de vos no decir nada.

M. DE LAS CUEVAS GARCIA.





EL ELÍXIR DE CERVANTES.

(HOMENAJE.)

LA Neurastenia, con sus cien tentáculos de pulpo famélico, se nutría con la savia de mis nervios vibrantes, en cuyo cordaje palpitaban con celeridad de corazón enamorado, mil ansias comprimidas . . .

No conocía el «Quijote.»

Fuíme al campo; y allí, en la biblioteca de un amigo, vi el que pudiera llamarse Libro de Oro de la Literatura castellana.

Comencé á leerlo. Primero con indiferencia; con curiosidad luego y más tarde con tan creciente interés, que ojos me faltaban para devorar las apretadas líneas de la menuda edición. . . .

Una semana más tarde volvía á la ciudad, fortalecido mi espíritu nuevamente para la titánica lucha por la existencia. Cervantes, con el elixir maravilloso de su risa regocijada y sana, cuyo eco burlesco perdura y perdurará

siempre á través de los siglos, en el alma latina; de esa risa que hirió de muerte á la andante caballería, me había curado radicalmente.

Desde entonces, cuando el vampiro negro de la Tristeza cierne sobre mí sus alas enormes, mi espíritu,—fatigada golondrina—se acurruca en el hospitalario alero de Cervantes,—«El Quijote»—, como el pájaro que huye de las nevascas; y de allí no sale para tender el vuelo hacia las desolaciones de la vida, sino cuando en ésta ha amengüado un tanto el frío, el ambiente está perfumado con algunas flores y en ellas dejan las mariposas el polvo de oro de sus inquietas alas

Por eso amo á Cervantes. Por eso lo quiero. Por eso le consagro un culto en mi corazón.

Oh Manco divino! A través de la distancia que nos separa, tú en la





Inmortalidad, y yo en el cautiverio de la vida, te mando una corona de oro viejo, engarzada con los zafiros de los cielos del trópico, los rubíes de las auroras boreales, las esmeraldas de los

campos de mayo y los brillantes perpétuos de las nieves alpinas. . . .!

CARLOS R. MENENDEZ.

Mérida, Enero. 1905.





A DON QUIJOTE.

¡Oh, señor don Quijote; fiel presea
de fenecidos tiempos, desaparece!
De Maritornes el prestigio crece
y gime abandonada Dulcinea.

Ya nadie ve descanso en la pelea,
ni el fuerte brazo sin el medro ofrece;
ante el favor, la dignidad perece,
que Sancho por el mundo se pasea.

Hoy que pulula, libre de tu azote,
la turba de felones arrogante,
¿quién será el paladín que alce triunfante
del polvo vil tu esclarecido mote,
y embrace, caballero en Rocinante,
la noble lanza que enristró el Quijote?

DELIO MORENO CANTON.





LA OBRA DE CERVANTES.

NO es, á mi entender, el gallardo manejo del habla castellana, como suponen muchos, lo que precisamente agiganta la noble personalidad del infortunado manco de Lepanto; Cervantes pasa á ser inmortal por el hecho de haber creado los grandiosos personajes esenciales de su regocijado romance: Don Quijote y Sancho Panza; simbólicas figuras que tienen forma humana, y esparcidas considerablemente por el Universo, ni reconocen

nacionalidad, ni son producto exclusivo de época determinada.

Por eso dijo atinadamente el poeta que Miguel de Cervantes, al escribir su *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la mancha*,

«queriendo pintar á España
retrató á la Humanidad.»

¡Y Cervantes era manco. . . .!

BECUADRO.





CAPÍTULO ÚNICO.

DONDE EN POCAS PALABRAS SE ENCIERRA LA BIOGRAFIA
DEL MAS CELEBRADO ESCRITOR ESPAÑOL.

MIGUEL de Cervantes Saavedra vino al mundo en Octubre de 1547, en Alcalá de Henares (España.) Fueron sus padres Rodrigo de Cervantes y Leonor Cortinas. Recibió el bautismo en la Iglesia de Santa María la Mayor, á los pocos días de nacido. Tuvo tres hermanos, Andrea, Luisa y Rodrigo. Miguel fué el último. Su maestro de aprendizaje primario fué el Presbítero Juan López de Hoyos. Joven ya y con aficiones militares, Cervantes hizo viaje á Roma y sentó plaza en el ejército español que escudaba al sumo Pontífice. El 7 de Octubre de 1571 se dió la memorable batalla de Lepanto, en la que la bala de un arcabuz le destrozó la mano izquierda. Trece años después dió á luz su primera producción literaria de mérito, «La Galatea.» En doce de Diciembre de 1584 contrajo matrimonio con Catalina de Palacios.

Cervantes escribió más de veinte co-

medias, muchas composiciones en verso, principalmente sonetos y tercetos y varias novelas de las que se conocen las siguientes: *La Gitanilla*, *La fuerza de la sangre*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El amante liberal*, *El Licenciado Vidriera*, *El celoso extremeño*, *Las dos doncellas*, *La ilustre fregona*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*. Pero su novela más sobresaliente y aplaudida fué la que llamó *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, que se imprimió el año de 1605, y que comenzó á escribir en Sevilla y terminó en Madrid, trazando gran parte de ella en la celda de una prisión. Su última obra literaria fué *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Escribiendo ésta se enfermó de hidropesía, dolencia que lo condujo al sepulcro en Madrid, el 23 de Abril de 1616. Cuando murió fué conducido su cadáver por cuatro her-





manos de la Orden Tercera, á que pertenecía, á la Iglesia de las monjas Trinitarias en cuyo templo había profesado su hija única, Isabel.

Cervantes, á los 66 años de edad se describió á sí mismo, en su físico, diciendo: «Soy de estatura mediana, color viva, antes blanco que moreno, rostro aguileño, nariz corva y bien proporcionada, frente lisa y desembarazada, ojos alegres, cabello castaño, barba un tanto más clara, bigotes grandes, boca pequeña, dientes mal alineados, algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies.»

Su fisonomía moral puede describirse así: Talento claro, imaginación viva y creadora, alto criterio crítico, gran fecundidad para escribir, facundia en el hablar, poderosa facilidad para concebir, sobrada penetración, valor personal

á prueba, corazón generoso, de acero para sufrir, estatua para esperar, mucha resignación en la adversidad, modestia singular en el triunfo, niño en la piedad y héroe en el patriotismo. «No tuvo antes á quien copiar, ni después ha tenido quien le copie» ha dicho uno de sus críticos. Sus imitadores no han hecho más que mostrar su impotencia para conseguirlo.

El sólo ha imperado en el mundo artístico como el Rey de la novela satírica. Tres siglos le contemplan admirados. Y como sus obras son por doquiera traducidas, vivirá en los siglos futuros mientras haya quienes sepan leer.

Mérida, 1^o de Enero de 1905.

SANSON CARRASCO.





EL MANCO DE LEPANTO.

ESCRIBIR algo sobre Cervantes! No es nada lo que me pide mi buen amigo Pelisio! Decir una vez más que es el príncipe de los ingenios españoles, que sus obras rebosan sabiduría como los panales miel, que los viejos chistes del *Quijote* parecen siempre nuevos, que su pluma labró un templo imperecedero á la rica habla castellana. ¿Para qué? Es que hay alguien medianamente culto que ignore todas estas cosas?

Y sin embargo, Cervantes, el gran Cervantes fué desconocido de sus contemporáneos; en el ejército, á pesar de sus grandes servicios y de su probado valor, no pasó de soldado; en la administración pública el que había de ser

maestro de sabios, llegó hasta á comisionado de apremios! Quién se acuerda hoy de los duques de Lerma y de Béjar que menospreciaron al pobre escritor?

Qué gran alambique es el tiempo para la fama! Del duque de Lerma sabemos unos pocos, los que hemos estudiado la historia de España, que fué un mal ministro; del duque de Béjar sabemos que existió porque Cervantes le honró dedicándole la primera parte del *Quijote*. En cambio, el que hace tres siglos murió en la oscuridad, vive y vivirá siempre en la memoria de los hombres.

JOSÉ PORRUA.





EL RETRATO AUTÉNTICO DE CERVANTES.

EL hermoso grabado con que engalanamos la primera página de esta publicación, es copia fiel del que hace mucho tiempo venimos conservando entre nuestros papeles predilectos, con singular afecto y cariño.

Procede—si las crónicas no mienten—de una copia que hizo en busto el famoso escultor aragonés D. Antonio Solá, en Roma, allá por los años de 1855. Sacó la copia, de la cabeza de la estatua semi-colosal de bronce hecha por él, de orden del Rey D. Fernando VII. Dicha estatua, se ostenta hoy en una de las principales plazas de Madrid.

Nuestro grabado es tanto más digno de estima en cuanto que viene á ser trasunto fiel del retrato que la Real Academia Española declaró auténtico, y que puso en la portada de la monumental edición que hizo en 1870, de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Y si este retrato se parece ó no á su original, oigamos á este propósito las

mismas palabras del autor, en el prólogo de *Las Novelas Ejemplares*: «Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tienen sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de piés; éste, digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo *El viaje del Parnaso* á imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comúnmente, *Miguel de Cervantes Saavedra*.

G. DE J. V.





A CERVANTES, DESDE MI CASTILLO.

RECUERDO ÉPICO.

ESTOY en el ocaso de la vida, sin vejez envejecido; he muerto para el mundo, y por mí mismo llevo luto. Ya no escucho las dianas, ni el clarín me llama al combate; solo y olvidado en mi vetusta torre, contemplo con tristeza los viejos trofeos de mi pobre habitación. ¡Qué podré decirte hoy, oh héroe de Lepanto! Si los poetas pulsando sus doradas liras, te envían sus coplas cadenciosas y te llaman inmortal!

Vestiré mi antiguo traje militar, en él colgaré las cruces que en los combates gané, y desnuda la tizona invocaré tu nombre . . . ¡ah, pero yo no soy poeta, literato ni orador. ¿Qué te diré? . . . ¡Cervantes, viva el Rey!

EL SOLITARIO.

Enero 1º de 1905.





CERVANTES Y EL QUIJOTE.

PUES que se trata de memorar dignamente al inmortal autor del *Quijote*, viene á maravilla recordar que uno de sus más preciados merecimientos de artista, fué la triste condición en que se hallaba cuando su fecundo ingenio creó la celebradísima novela que la sana crítica tanto ha encomiado.

Cervantes, enamorado de la vida aventurera con tal ardor guerrero, que llegó á considerar de más lustre el noble ejercicio de las armas que el de las letras, no podía menos de llegar á lo que fué: soldado valentísimo en Lepanto y héroe en Argel, viéndose en él tan poderosamente unidos, el ingenio clarísimo y la fuerza creadora, que asombró al mundo con su excepcional leyenda caballeresca, y el impulso batallador que hace á los héroes. Casi siempre sin recursos, en perpetua lucha, solicitado por dos fuerzas igualmente grandes, bregando entre las materiales amarguras que á remolque traen la azarosa vida del guerrero y la ausencia de monedas, y la más negra

todavía, engendrada por las pasiones y por las videncias de los entendimientos privilegiados que, á través de la alegre mascarada de la vida, descubren que todo es dolor, miseria y muerte!

Y téngase en cuenta que con Cervantes florecieron Calderón, Tirso de Molina, Lope de Vega y otros, á pesar de ser éstos, genios de primer orden y disponer de una vida holgada y placentera como favorable ambiente para la producción de sus obras, que tanta gloria dieron á las letras españolas, el autor del *Quijote*, tan lejos de todo regalo y toda molicie, logró sobre aquellos sus contemporáneos un prestigio tan universalmente reconocido, que lo presenta como excepcional y único.

La mejor de las producciones de aquella época, pensadas y apaciblemente escritas en la quietud y en la holgura, ceden en valer ante al inestimable del *Quijote*: astro de primera magnitud en el cielo literario de aquella y de todas las épocas; portentosa producción innovadora de costumbres añejas, que mató de un golpe, como á





cercén una cabeza: la afición á la lectura de los caballerescos libros.

¿Qué extraño, pues, que Cervantes dejara tras sí séquito de admiradores, conquistados por su ingenio sin par, y esto desde la publicación del memorable libro. . . ? ¿Y qué de extraño tiene también que con ser tanta su valía no despertara malquerencias, siendo una de las no menores la de Lope de

Vega, á quien el glorioso manco alude en el prólogo de la segunda parte del *Quijote* defendiéndose de las acerbos sátiras del *Fénix*?

¡Cuán grande aparece Cervantes comparado con sus contemporáneos! Y cuán más grande, si se pregunta cómo escribió el *Quijote*!

JOSÉ PELISIO.





RECUERDO DE LA BATALLA DE LEPANTO.

DIBUJO DEL INSPIRADO ARTISTA ESPAÑOL D. ADOLFO HERRERAS.